

con tal que estos consiguiesen que el Papa fuese libertado del destierro y restituido á su sede, y no le dejasen morir en la desgracia. Una alma, no tan bien templada como la de Atanasio, hubiera dudado de sí misma al verse abandonado de todos, hasta del pontífice; pero él persevera, restituye el valor á los obispos, que en el concilio de Rímíni (359) proclaman aun que es una temeridad el separarse del símbolo de Nicea.

Esta resolución aumenta las persecuciones; nuevos concilios dan nuevas fórmulas, en las cuales es difícilísimo discernir el error que las distingue de la verdad; en una, por ejemplo, se reconoce la verdadera y perfecta divinidad de Jesucristo, omitiendo solo la palabra *consustancial*, y se explica la generacion del Hijo como un acto de la voluntad del Padre. En medio de todos estos lazos el único medio de proceder con seguridad era el mantenerse con la Iglesia universal, mientras que los arrianos se subdividían en una infinidad de sectas, anomeos, melecianos, eunomianos, semiarrianos y otras varias. Pero produjo tristísimos resultados el meterse en disputas tan sutiles y respetuosas aquella frívola sociedad que se llamaba el mundo bello, pues todos dogmatizaban con una ligereza imperdonable, dominando siempre, como mas fácil, el sentido mas material.

La pertinacia de Constancio exasperó hasta el extremo á los obispos, los cuales escribieron violentamente contra él, aconsejando ya sin consideracion ninguna la desobediencia. Y quizá estas excitaciones fueron una causa, no de las mas débiles, de la rebelion de Juliano llamado el Apóstata (361). Este, afectando filosofía é indiferencia, no favoreció á los arrianos mas que á los ortodoxos; llamó á los obispos desterrados, sin quitar á los intrusos, quizá con la intencion de aumentar los desórdenes de la Iglesia cristiana y hacerla despreciable. Atanasio volvió entónces; pero oponiéndose « con su acostumbrada audacia » al gentilismo resucitado por Juliano, este trató tal vez de hacerle matar; de todos modos le desterró de Alejandria y escribió contra él.

Juliano, defensor de la tolerancia, perseguía á Atanasio. Porque es un hecho digno de notarse cuando una secta ó un siglo que profesan ideas liberales, se hacen intolerantes ó persiguen á un hombre, á una opinion, á una sociedad.

« Si queréis (escribía Juliano á los de Alejandria) seguir los absurdos de vuestros impostores, hacedlo en buen hora; pero á lo ménos uníos para rechazar á ese hombre turbulento. ¿Acaso faltan sacerdotes ménos ardientes, y sin embargo capaces de alimentarlos con las mismas quimeras? Un hombre despreciable como ese, amaestrado en la intriga, que se alaba de exponer inconsideradamente su vida, no puede hacer mas que arrastrarlos al desórden y traer una calamidad. » Atanasio se retiró ante los satélites enviados para pren-

derle, pero dijo: *Esta es una nube que pronto pasará*; y efectivamente, no tardó mucho en morir el apóstata, y Joviano, que le sucedió, admiró y elogió á Atanasio, y quiso que le instruyese en la fe verdadera sin hacer caso de los arrianos que le excitaban á perseguirle.

Pero el nuevo emperador Valente (364), déspota, no por debilidad como Constancio, sino por mala índole, instruido en la fe por un obispo arriano, se obstinó en convertir á los herejes atanasianos, y viendo que muchos súbditos huían y se refugiaban entre los ermitaños de Egipto, envió tropas que los detuviesen para que volviesen á la sociedad; los monjes jóvenes y vigorosos fueron alistados en el ejército; en otros monasterios esparcieron el terror y la muerte, y tambien llenaron de amargura los últimos dias de Atanasio, que se retiró cerca del sepulcro de su padre. Pero el pueblo furioso tomó las armas, y el prefecto intimidado le dejó que volviese á concluir pacíficamente su vida.

Su iglesia estaba desordenada. La persecucion no había unido á los fieles, sino que había producido una multitud de sofismas y de herejías, había alzado á un obispo contra otro, de modo que no se sabía á quién obedecer. Además, los arrianos se disfrazaban, por lo cual fué una obra larga y difícil el purgar de ellos el Occidente. Atanasio tuvo tambien que combatir á los apolinaristas, á los nestorianos, á los monofisitas, á los aecianos, á los acacianos y á otros muchos herejes, defendiendo siempre la union de la naturaleza divina y humana en Jesucristo. En esta defensa tocó tambien los restantes dogmas, porque no puede ser tratada completa y científicamente una doctrina sino en relacion con todas las demas. Teniendo una profunda conviccion de la verdad, se mostró muchas veces áspero y disputador. Repetía que lo mejor es creer absolutamente en la palabra de Dios, y que es una locura el querer elevarse sobre la razon humana solo con la razon. De modo que no excluía la razon, sino que la atribuía el oficio de demostrar la union de las ideas, de alejar las dificultades, de interpretar los pasajes segun el espíritu universal. El complemento de todo era la virtud.

Sus obras son de controversia, y la mayor parte en forma de cartas (1), es decir, que tie-

(1) Damos á continuacion el catálogo:

a. *Exposicion de la fe*, que algunos llaman tambien *Exposicion del símbolo*, y es una clara exposicion de las creencias católicas contra los arrianos.

b. *Carta enciclica á los obispos ortodoxos*, en la cual con argumentos teológicos, como lo había hecho en la anterior, prueba la consustancialidad del Verbo.

c. *Apología contra los arrianos*, recopilacion de documentos divididos en dos partes; la primera, que comprende muchas actas, memorias y cartas sinodales ó particulares, relativas á la persecucion que había promovido el partido arriano contra Atanasio; la segunda, que encierra la historia de la herejía arriana, en su origen y sus progresos hasta mas allá del concilio de Nicea.

d. *Carta enciclica á los obispos de Egipto y de la Libia*, ó sea primer discurso contra los arrianos, en el cual fortalece á los obispos contra los engaños de las capciosas fórmulas

nen por objeto hechos especiales, no habiendo un asunto de que escribir, sino obligado por la necesidad ó por la obediencia. Sin embargo, ninguno de los Padres del siglo IV ayudó tanto á los progresos de la teología; en cuyas cuestiones usó un rigor en el lenguaje de que aun no había ejemplo, y á la sencillez de los testimonios unió tal exactitud que aun hoy, despues de tantos adelantamientos, no puede reprenderse nada en sus escritos. Su estilo era fuerte y correcto, abundaba en pensamientos y sabía hacerlos luminosos; desenvolvía los argumentos con una dialéctica poderosa, pero no sofisticada, y estaba tan lejos de la vaga elocuencia de sus antecesores como de la aridez de los escolásticos posteriores. No se trataba ya, como en tiempo de los primeros Padres, de

de fe que no cesan de publicar estos herejes. Esta obra concierne especialmente la asamblea de Tiro.

c. *Historia del arrianismo*, en la cual expone el acto de acusacion contra los arrianos, echándoles en cara sus fraudes, sus maldades, los sangüinarios excesos con que deshonraron su jactada doctrina, y reprueba la facilidad con que favorece Constancio sus arterias.

f. *Arrianismo*, ó sea refutacion de los errores de Arrio y sus secuaces.

g. *Discursos contra los arrianos*, cuatro ó cinco, segun las diferentes ediciones, y que forman una sola obra dividida en cuatro libros.

h. *Apología del emperador Constancio*, en la cual se disculpa de las acusaciones que le han hecho de tener una correspondencia epistolar con Magnecio, asesino de Constante; hace el cuadro de las persecuciones que ha sufrido de parte del duque Siriano; y, precursor de San Ambrosio, parece que inspire á este el tono de aquella sencilla y viva elocuencia, con que tendrá que sostener las controversias contra los arrianos.

i. *Apología de su fuga*, complemento de la anterior, pero dirigida particularmente á los arrianos.

j. *Libro de la Encarnacion del Verbo*, y contra los arrianos, en el cual explica el misterio de la Encarnacion del Hijo de Dios, é infiere de ello su consustancialidad con el Padre.

k. *Discurso contra los Gentiles*.

l. *Discurso sobre la Encarnacion para convertir los paganos á la verdadera fe*.

m. *Carta relativa á los decretos nicenos*.

n. *Cuatro cartas á Serapion*.

o. *Carta sobre los sinodos de Rímíni y de Seleucia*. Todas estas cartas son para refutar los errores de sus adversarios, y rechazar las calumnias con que se esforzaban para denigrarle.

p. *Vida de San Antonio*, de que hemos hablado.

En Venecia se hizo la primera edicion de las obras de San Atanasio, en 1482, con el texto latino, y despues de esta, en 1600, se hizo la de Heidelberg, 2 tomos en folio, con el texto griego, acompañado de la traduccion latina de Pedro Nonnio; y el año siguiente, se le puso un apéndice con notas, variantes, índices, etc., de Pedro Felckmann. En 1627 se hizo otra edicion en Paris, y en 1686 otra en Leipsick, ambas de poco valor; al paso que es muy preciosa la de los Benedictinos hecha en Paris, el año de 1698, por Montfaucon. Por primera vez se imprimieron muchos opúsculos de San Atanasio, en 1706, en la *Collectio nova patrum et scriptorum graecorum* de aquel Montfaucon en Paris. La edicion mas completa es la de Pagnin, en 1777, 4 tomos en folio. Los tres primeros encierran todo lo que hay en la benedictina de 1698, y el último las colecciones suplementarias de Montfaucon, Wolf, Maffei y Antonelli. Para poner en claro cuál deba ser el verdadero catálogo de las obras genuinas, dudosas y supuestas de San Atanasio, será conducente consultar la *Biblioteca graeca* de Fabricio, advirtiendo que las genuinas mas importantes son las que se refieren á la controversia arriana, ya sean del género histórico, ya sean del género doctrinal. Superfluo es observar que el símbolo comunmente llamado *atanasiano* no es de Atanasio, sino de un autor desconocido, el cual lo hizo con las ideas propias del patriarca griego. Y tampoco es del santo doctor, por mas que sea un precioso resto de la antigüedad cristiana el tratado *Synopsis Sacrae Scripturae*, escrito entre sus obras.

oponer la Sagrada Escritura y la tradicion á las adulteraciones introducidas por los herejes; sino de combatir con argumentos los argumentos que establecian los dialécticos griegos, y especialmente los de la escuela de Alejandria. Atanasio unia á un profundo conocimiento de los textos sagrados el hábito del raciocinio mas refinado, por tener que luchar con el mayor dialéctico de aquella época, Arrio. La Iglesia combatió siempre á los innovadores, remontrándose á la primitiva tradicion, y haciendo ver su concordancia con la fe católica: Atanasio hizo mucho uso de este argumento, y exponiendo las cuestiones que entónces se agitaban, ayudó mucho á los controversistas posteriores á conocer cuál era la doctrina que profesaba entónces la Iglesia sobre varios puntos que se discutian. Estableciendo el dogma de la Trinidad y de la Encarnacion, conseguía hundir no solo á los arrianos, sino á una porcion de herejes de diferentes nombres que sostenian opiniones diferentes de la universal. De modo que así como Orígenes fué el modelo de todos los comentadores de la Biblia que le sucedieron, así de San Atanasio sacaron las principales demostraciones los teólogos posteriores en todo lo que concierne al dogma de la Trinidad. Mas eficaces aun que sus escritos fueron sus actos y toda su conducta. Cuarenta y seis años fué obispo, de los cuales pasó veinte en varios destierros; y verdaderamente puede decirse que reúne en sí los tres primeros siglos de la Iglesia. En un tiempo en que no era bastante la virtud que sufre y calla, sino que era preciso una virtud activa, ingeniosa, combatió en las guerras de Dios. Su fe profunda é intrépida unida á una gran actividad; su penetracion que le hacia ver claro en los asuntos mas intrincados; su prudencia nunca desmentida; su dialéctica que disipa los mas sutiles argumentos; su firmeza no doblegada por el mundo entero, hacen que coloquemos á este hombre entre los mayores héroes.

¿Qué conocimiento no debia tener del corazón humano para combatir todas las preocupaciones y las pasiones, y en un teatro tan variado tener siempre la vista segura, y aprovechar el momento oportuno para dar el golpe y triunfar! Admirando el mérito, se manifestó indulgente con nuestras debilidades, buscando una excusa para ellas, y su punto de vista verdadero; separó el error de la fe, que existía en la mente y en la intencion, del error en la exposicion como hizo con Orígenes. Si encontraba en alguno cualquier error, pero buen fondo, le protegía y dirigía. Si tenia que combatir á personas de estima, lo hacia con respeto y ocultando su nombre. Agudo entre los ingeniosos, con un valor que no desmaya en los peligros mas inminentes, dialéctico con los sofistas, artificioso con los tiranos, incansable contra aquellos que se servían de la Iglesia para fines mundanos, demostró cuántos obstáculos puede vencer el genio de un solo hombre dedicado



invariablemente á un objeto. El burlon y escéptico Gibon, aunque acusándole de fanatismo, dice que era mas digno de gobernar una gran monarquía que los hijos degenerados de Constantino (1); y La Bletterie le llama « el hombre mas grande de su siglo, y aun considerado bajo cualquier aspecto, el mas grande de cuantos ha habido en la Iglesia. »

Si, como quizá le aconsejaban los prudentes, por amor á la paz hubiese cedido, ó por temor se hubiese retirado, la Iglesia no hubiera, no, sucumbido; pero por algun tiempo habrían quedado triunfantes los arrianos. Oponiéndose á ellos, al contrario, los obligó á poner de manifiesto su injusticia con la persecucion, y por consiguiente á hacerse odiosos. Con su ejemplo preparó á otros que llevarian á cabo la extincion de la herejía. En efecto, el año 386 un edicto imperial mandaba que todos abrazasen la fe que profesaban Damasco, obispo de Roma, y Pedro, obispo de Alejandria, y que se llamasen *cristianos católicos*. Entónces el poder temporal quiso intervenir dando órdenes contra el arrianismo, pero esta persecucion era ya superflua como habia sido inútil ántes contra el Catolicismo.

El arrianismo, como creencia, enmudeció por entónces, pero como doctrina sobrevivió en la inclinacion racionalista del espíritu humano, á no admitir los misterios y á querer explicarlo todo. Reducido al silencio en el Imperio, se difundió entre los Bárbaros, quizá porque les ofrecia una explicacion mas comprensible

(1) Cap. XXIV.

del misterio de la Trinidad, y porque no teniendo estos, ni historia, ni metafísica; les bastaba la grandeza de Dios Padre. Dilatóse despues con las conquistas de los Bárbaros; pero mucho mas con Mahoma, el cual volvió á proclamar la única personalidad de Dios. Entre los Cristianos le resucitaron despues los soci-nianos y los vintarios, los cuales llamados por Lutero para interpretar libremente la Sagrada Escritura, dijeron que era absurda la Trinidad de las personas divinas. Despues que pasaron los siglos teológicos, el arrianismo depuso todas las fórmulas de escuela y de refutacion y apareció en el deísmo. La Iglesia, sin embargo, permanece hoy como entónces, Iglesia del Verbo viviente, fortalecida con todo su pasado, y por lo tanto dueña del porvenir, en su serena imperturbabilidad, y con el tranquilo sentimiento de su inmutable victoria (1).

(1) Para la vida de San Atanasio las principales fuentes son sus mismos escritos, y luego las historias eclesiásticas de los Griegos Sócrates, Teodoreto, etc. Las noticias que nos han dado estos y otros historiadores fueron reunidas, examinadas y dispuestas con mucha crítica y fidelidad por Montfaucon en su *Vita sancti Athanasii*, puesta al principio de la mencionada edición benedictina, y tambien por Tillemont en las *Mémoires pour servir à l'histoire ecclésiastique*. Paris, 1713, t. VIII.

Véase Sulpicio Severo, *Historia sacra*; — Fozio, *Biblioteca* (p. 130 edición de Ginebra); — Dupin, *Bibliotheca sacra*; — Domingo Ceillier, *Histoire des auteurs ecclésiastiques*, t. V; — Hermant, *Vie de Saint Athanase*; — y especialmente Möhler, *Athanasius der Grosse und die Kirche seiner Zeit* (Maguncia, 1827, t. II), traducido despues al frances por Cahen, *Athanasie le Grand et l'Eglise de son temps en lutte avec l'arianisme*, etc.; — y ademas las doctas biografías de Lubath, Kaller, Sartorius, Schmid, Vockerödt, Zinck...

## NÚM. XII

### MAHOMA

(570-682.)

Mahoma, profeta árabe, fundador del islamismo, no está colocado en primer lugar en todas las historias de los musulmanes y de los Árabes, cuya era histórica principia con él; sin embargo, Mahoma ocupa uno de los primeros lugares entre los hombres mas grandes del mundo. Si el historiador comprende entre estos, como es justo, á los que dieron impulso á los sucesos políticos, y ocasionaron extraordinarias transformaciones en el destino de los pueblos y de los Estados, ocupa un sitio preferente Mahoma, que tuvo la triple autoridad de profeta, fundador de religion y legislador. Muchos le han elogiado tambien como conquistador, como creador de un imperio y hasta como hombre; pero tales elogios no son merecidos, porque fundó un señorío, no un imperio; sus hechos de armas no fueron mas que correrías, y sus conquistas no son nada comparadas con las de los califas; su vida privada, aun callando su incontinencia é impostura, está manchada con muertes y asesinatos ordenados ó aprobados. Á pesar de estos crímenes que manchan su memoria, Mahoma es uno de los mas grandes caracteres históricos; y su vida como profeta y fundador de una nueva religion es la mas interesante de todas las de los fundadores de religiones falsas, por dos cosas: porque no hay acerca de la vida de ninguno de estos hombres tantas noticias históricas y tantas particularidades; y porque Mahoma no es para los musulmanes el primero y último enviado de Dios, sino que es el último fundador de una religion en la historia del mundo.

La Arabia está tan aislada por mar y por tierra por los dos golfos Árábigo y Pérsico, por los dos desiertos, el israelita del lado de Suez y el árábigo por el lado del Eufrates, que sus geógrafos la llaman con propiedad, isla de los Árabes. El viajero la recorre en tres meses ó cien dias (1). Los Orientales no conocen la divi-

sion que de ella hicieron los Griegos y Romanos en Desierto, Petrea y Feliz. De los cuarenta territorios en que ellos la dividen, indicaremos solo los siete que se nombran mas frecuentemente en la vida de Mahoma. El Egipto al Noroeste, cuyas capitales son la Meca y Medina, y despues el Zaif y el Honain. El país de las elevadas montañas se llama Negid; Tehama las llanuras que están cerca del mar, y Bahrein, es decir, dos mares, las costas del Golfo Pérsico. El Yemen al Oriente es la comarca mas fértil, la Arabia feliz de los Griegos y Romanos; en él se encuentran Saba, que era la antigua capital, Saana, la moderna, y las célebres ciudades de Sebid y Moca.

La fertilidad en granadas y dátiles de los valles del Yemen, regados por tres rios, y el agua de estos, ha pasado en proverbio, del mismo modo que la esterilidad y despoblacion del Adsch septentrional y del Ahkaf meridional. Adsch quiere decir *roca*; y no se llama así solo toda la Arabia Petrea, sino la parte de la costa al Noroeste donde estuvo la tribu de Temud, exterminada por la ira del Cielo; y Medain, donde están las grutas no descritas por ningun viajero europeo, ante las cuales pasan los peregrinos gritando para no oír el mugido del camello del profeta Salik, encerrado dentro de la roca. El Ahkaf son las tortuosas colinas de arena donde estaban los palacios de columnas de Shedad, de la tribu de Aad y el paraíso Irem, cuyas magnificencias, por un castigo anunciado por el profeta Hud, fueron cubiertas de arena por el viento abrasador del desierto. En las colinas de arena y en las rocas del Ahkaf y del Adsch escribió el Cielo irritado sus juicios; en uno está Saba, antigua capital de la Arabia, cuya sabia reina fué visitada por Salomon, y cuyo pueblo fué destruido por el gran rompimiento del dique de Mareb, y los tres únicos países de la Arabia que tuvieron el honor de dar nombre á tres jefes del Coran. Adsch, donde predicó el profeta Salik contra los vicios del pueblo de Temud; Ahkaf, que

(1) En el *Dschihannuma*, p. 483, se nombran noventa y siete estaciones.